

LA ANTROPOLOGÍA EN LA ARGENTINA A FINES DEL SIGLO XIX Y PRINCIPIOS DEL XX

*Patricia Arenas **

“Cuando no se está satisfecho de sí mismo, uno se hace psicólogo; cuando no se está satisfecho de la sociedad, uno se hace sociólogo; cuando no se está satisfecho de sí mismo ni de la sociedad uno se hace antropólogo”.

M. MEAD

LOS ORÍGENES DE UNA PRÁCTICA

Rastrear el contexto de origen (si es posible hablar de él) de la antropología en la Argentina significa desandar una serie de prácticas que hacen a la constitución del campo científico de la época. Los estudios históricos, la sociología positivista, la paleontología evolucionista o catastrófica y la psicología experimental constituían un campo de saber, como práctica y como teoría, del que poco a poco se fue separando uno nuevo, que contendría a la antropología de la época.

Los estudios históricos, vinculados con los antropológicos, adquirieron después de la caída del gobierno de Rosas un renovado vigor debido a que comenzaron las tareas de recolección sistemática de documentos, la publicación de fuentes históricas y la edición de los primeros compendios de historia argentina. En el ambiente del exilio que la política rosista había infligido sus opositores se fundó en Montevideo, en 1843, el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, institución que Bartolomé Mitre reprodujo en Buenos Aires con el nombre de “Junta de Numismática Americana”. Durante los primeros años de trabajo se dedicó a coleccionar monedas y acuñar medallas; sólo a fines de siglo se transformó en la “Junta de Historia y Numismática Americana”, iniciando su tarea específica: la publicación de trabajos en el área de la investigación historiográfica.

* Becaria CONICET. Museo Etnográfico “J. B. Ambrosetti”.

Alrededor de la figura de Bartolomé Mitre se nuclearon en la Junta doctores en derecho y ciencias sociales dedicados a los estudios históricos, y antropólogos abocados especialmente a la prehistoria¹.

En 1889 se fundó el Museo Histórico Nacional, único museo dedicado a la historia argentina, producto del trabajo de su primer director, el Dr. Adolfo Carranza. Su acervo provenía del Museo Público (hoy Museo Nacional de Ciencias Naturales "Bernardino Rivadavia") y de las colecciones particulares de las familias "aristocráticas" que gobernaban al país².

EL HOMBRE COMO OBJETO

El saber antropológico europeo se constituyó, para algunos, en el seno del movimiento iluminista; para otros, durante la expansión del capitalismo del siglo XIX. En nuestro país, por su parte, el tema del origen del hombre fue planteado inicialmente en términos paleontológicos. Su origen y desarrollo fueron estudiados dentro del marco de la antropología que se orientaba hacia un pasado concebido como un yacimiento de muestras mensurables. El hombre paleontológico no era el hombre de la historia; sus representantes estaban fuera de la historia de la cultura, como una prolongación de la historia natural. Una catástrofe de la especie los había sepultado y una casualidad los hacía aflorar a la superficie, colocándolos bajo la lupa de los sabios. La sospecha de que podían dar testimonio del remoto origen de la sociedad los empujaba, sin embargo, hacia la zona indeseada de la historia.

La idea del origen del hombre dentro de una concepción divina, inspirada por un dios omnipotente y onnipresente, actuó como obstáculo para construir el lugar desde donde pensar el pasado, el presente y el futuro de su estar en el mundo. La idea de un hombre haciéndose a sí mismo, en cambio, fue la posibilidad misma de una ciencia del hombre, diría Gordon Childe.

El proyecto positivista defendió la creación de una nueva ciencia del hombre que debía tratar los asuntos humanos con aquella misma objetividad que, con notable éxito, había adelantado en el mundo de la química y la física. La versión de esta nueva ciencia fue presentada como una rama de la fisiología con el nombre de "física social". Más tarde Comte, en su *Curso de Filosofía Positiva*, definió la física social.

En la Argentina, el positivismo tuvo un papel hegemónico durante el período 1880-1910 pues, por un lado, dentro del discurso político y científico, interpretó la realidad cambiante de la época; por otro, se articuló con las instituciones que formaron una sólida trama donde se dieron las prácticas sociales que consolidaron el estado y la nación a fines del siglo XIX (Terán 1987:11).

En este período el país se incorporó al mercado mundial ocupando un lugar estratégico que era controlado, con la anuencia de la clase dirigente, desde los centros imperiales. El proyecto positivista, como matriz mental dominante, trató de reflexionar sobre los fenómenos derivados del proceso de modernización, a la vez que "inventó" una "nación", en el sentido de orga-

nizar los espacios políticos, físicos y simbólicos. Fue así como, según afirma Terán (1987), el discurso positivista se instaló en la relación estado-masas, transformándose en una instancia interpretativa del pasado nacional.

La élite gobernante sostuvo su proyecto cambiando la consigna comteana de "Orden y Progreso" por la de "Paz y Administración", basada en la idea de que una organización social que funciona armónica y gradualmente, va experimentando transformaciones beneficiosas. Pero la legitimidad de la clase gobernante se vio seriamente cuestionada por la crisis financiera de 1890, originada por la desmedida especulación financiera y la corrupción administrativa.

Los temas de la ensayística positivista se sitúan en torno de la cuestión nacional, alentada por la presencia de las masas de inmigrantes y por el espacio político abierto con el surgimiento de nuevos referentes sociales. Dentro de las ciencias sociales fue la sociología la que tomó estos problemas como propios: los efectos no deseados del modernismo, el tema de las multitudes y del surgimiento de nuevos sujetos sociales. La antropología tomó del positivismo su inductivismo experimental y desarrolló temas de antropología física, de arqueología prehistórica y de etnografía descriptiva, permaneciendo indiferente a los problemas de la sociedad moderna en acelerada transformación³.

"Nos hemos impuesto, señores, en esta casa de altos estudios, la tarea de edificar una cultura sobre la base de las ciencias positivas y experimentales, no sólo por los objetos preferentes de sus investigaciones y enseñanza, sino bien por los métodos aplicados a toda clase de disciplinas, aun aquellas tenidas por abstractas, imaginativas o subjetivas", decía J. V. González, a la sazón rector de la Universidad de La Plata, en la Sesión Inaugural del XVII Congreso Internacional de Americanistas reunido en 1910 como parte de los festejos del Centenario.

Durante este congreso, A. Hrdlicka arrasó con las teorías ameghinianas, negando el origen terciario del hombre americano y afirmando que un solo grupo mogoloide, portador de una cultura neolítica, había poblado inicialmente este contingente en épocas postglaciares. Hubo que esperar hasta 1924 para que P. Rivet revisara estas teorías y poder romper el obstáculo de la poca profundidad temporal del poblamiento americano. Entre los antropólogos de la época que adherían a las teorías ameghinianas se encontraban Lehmann-Nitsche, Outes, Vignati, Ambrosetti, C. Ameghino y Ramorino. Se oponían los adherentes a la escuela que lideraba G. Burmeister: Moreno, Roth, Lista y Lafone Quevedo. Los primeros centraron su actividad en el problema del hombre fósil y su antigüedad, y fueron quienes hicieron las primeras estratigrafías geológicas. Los segundos, por su lado, nunca creyeron en la existencia del hombre fósil pampeano, y algunos, como Moreno, fueron adherentes tardíos a las teorías evolucionistas.

Una de las características de la práctica científica de finales del siglo XIX es que los investigadores eran, además, personas que tenían una intensa actividad política; los sabios del XIX pertenecían a la clase que impuso su

proyecto de país desde el poder político. La Junta de Numismática, por ejemplo, fue organizada por B. Mitre, quien fue presidente de la Nación y dueño del diario más importante del país; E. Zeballos, destacado abogado de la ciudad de Buenos Aires, fue varias veces ministro de Relaciones Exteriores y a la vez fundador de la Sociedad Científica Argentina en 1872. Ramón Lista, conocido por sus viajes y exploraciones en la Patagonia y en el Chaco, donde fue muerto, creó la Sociedad Geográfica Argentina, acompañó al salesiano Monseñor Fagnano en sus viajes por el sur y llegó a ser gobernador del Territorio Nacional de Santa Cruz.

MUSEOS Y SOCIEDADES EN LA CONSTITUCIÓN DE UN SABER

La expansión de la Europa de fines del siglo XIX hizo que en las metrópolis se acumulara una gran cantidad de materiales antropológicos (etnográficos, arqueológicos y paleontológicos) provenientes de las colonias. Esto provocó la aparición de un movimiento museográfico que tomó verdadero impulso durante las primeras décadas del siglo XX. En nuestro país, fue la expansión de la frontera sur a partir de 1870, y la norte, una década más tarde, las que produjeron el efecto fundacional. Los materiales recogidos en los territorios fueron constituyendo las colecciones privadas de los estudiosos de la materia; a su vez estas colecciones fueron la base de la creación de los museos más importantes del país.

El discurso científico del siglo XIX estuvo avalado principalmente por las sociedades científicas y los museos. La institucionalización temprana del saber antropológico a fines del siglo pasado ocupó el espacio generado por el Museo de Historia Natural de Buenos Aires, el Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, el de Ciencias Naturales de La Plata y por las Sociedades Científica y de Geografía.

EL MUSEO DEL PAIS

El Museo de Historia Natural de Buenos Aires fue creado en 1812. La Gaceta ministerial del 7 de agosto de ese año publicó: "La observación de la naturaleza en nuestro continente, en el reino vegetal y animal y en todos los artefactos es sin duda, hoy una de las más dignas ocupaciones de los sabios de todo el mundo ... tales consideraciones, como la idea de los útiles descubrimientos en que devendrá semejante investigación ha movido a este gobierno a dar principio al establecimiento en esta capital de un Museo de Historia Natural" (citado por Lascano González 1980:31). Hacia 1850 se encontraba desmantelado y sólo conservaba materiales de numismática y mineralogía. En 1854 se fundó la Asociación de Amigos de la Historia Natural con el solo objeto de impulsar su recuperación, además de pedir al gobierno nacional que protegiera las colecciones y que formara un comité cuya presidencia fuera ejercida por el rectorado de la Universidad. La Asociación se constituyó y la conducción fue asumida por cuatro personalidades: Francisco Javier Muñiz, médico, político, naturalista y corresponsal de Darwin;

Teodoro Alvarez, médico cirujano y jurista; Manuel Trelles, historiador y lingüista, y Manuel José Guerrico, estanciero y primer coleccionista de arte del país. Estos hombres condujeron el Museo hasta que en 1862 se hizo cargo de la dirección Germán Burmeister, contratado especialmente por Sarmiento⁴. Durante esos años, las Ciencias Naturales debatían las tesis evolucionistas oponiéndoles las teorías creacionistas y catastrofistas; Burmeister adscribió al pensamiento de Cuvier y se defendió del ataque de los adherentes a las teorías darwinistas de versión ameghiniana.

En 1882 asumió la dirección del Museo Carlos Berg, naturalista de origen ruso llegado al país, también contratado por Sarmiento, para formar parte de la Academia de Ciencias de Córdoba. A diferencia de la administración organizadora de Burmeister, la de Berg estuvo orientada a la docencia —ocupó la cátedra de botánica de la Universidad de Buenos Aires— y a poner al Museo al alcance del público no especializado. El tercer director fue Florentino Ameghino (1902-1912), ya para este entonces paleontólogo de reconocimiento internacional, primer argentino que dirigió el Museo; en los años de su gestión ingresaron más de 70 mil piezas que desbordaron las instalaciones de la calle Perú 208, hoy la “Manzana de las Luces”.

Con Ameghino se formaron Angel Gallardo, Enrique Lynch, Eduardo Holmberg, Carlos Spegazzini, J. B. Ambrosetti, Félix Outes, Luis María Torres. Todos integraron lo que Ambrosetti denominaba “el estado mayor de Ameghino”.

Angel Gallardo, alumno de C. Berg, naturalista e ingeniero, le sucedió en la dirección del Museo.

Decía Ameghino para esa época: “Por la importancia, riqueza y variedad de sus colecciones podría [el Museo] ocupar en las grandes instituciones de su género del mundo entero probablemente el cuarto lugar, pero por su edificio e instalación actual se encuentra a un nivel más bajo que los museos de provincia, departamentales y municipales de poblaciones o ciudades de último orden. Los Museos, sobre todo los de ciencias naturales, constituyen el mayor exponente de la intelectualidad y del estado de civilización de un país” (citado por Lascano González 1980:105). A pesar de las denuncias de mal estado de las instalaciones y de la necesidad de proveerlo de un nuevo local, hubo que esperar hasta 1925 para que se colocara la piedra fundamental del edificio que ocupa actualmente en el Parque Centenario.

EL ANILLO BIOLÓGICO

La fundación del Museo de La Plata remite a la figura de Francisco P. Moreno (1852-1919), naturalista, viajero y político. Se formó bajo la influencia de G. Burmeister y de José María Gutiérrez. Este último —agrimensor, ingeniero y político— fue diputado del Congreso General Constituyente de 1853 y funcionario de la Confederación; Mitre lo nombró rector de la Universidad de Buenos Aires, donde creó el Departamento de Ciencias Exactas, que comprendía la enseñanza de matemáticas puras y aplicadas e historia natural, cátedra a la que estuvo vinculado Florentino Ameghino.

Casi todas las expediciones militares subvencionadas por el gobierno fueron organizadas con la participación de las sociedades científicas y con el concurso de geógrafos, naturalistas, expertos en minas y botánicos; Moreno, por ejemplo, participó activamente en las campañas a la Patagonia organizadas por el gobierno nacional, las que dieron como resultado parte de su obra: *Viaje a la Patagonia Austral* (1879), *Recuerdo de una expedición a la Patagonia* (1882), *Recorriendo la región andina* (1879) y *Explorations in Patagonia*, publicado en Londres en 1899.

La federalización de la ciudad de Buenos Aires hizo que el gobierno provincial se mudara a la ciudad de La Plata, recientemente fundada. El Museo Antropológico, de propiedad particular de Moreno, debía ser trasladado a esa ciudad; pero la poca garantía respecto de la mudanza hizo desistir a la empresa, por lo que se resolvió entonces fundar un nuevo museo, sobre la base de sus colecciones, mientras el Museo de Ciencias Naturales de Buenos Aires fue nacionalizado.

Luego de largas gestiones, se firmó en 1884 la creación del Museo, conjuntamente con el decreto de construcción de un edificio especialmente destinado para albergarlo. Debe tenerse en cuenta que la ciudad era capital de la provincia de Buenos Aires, fundada por un acto administrativo, en el marco de una política que marcaba el final de un largo enfrentamiento entre unitarios y federales. La capitalización no sólo reorganizó el espacio geográfico sino que también perfiló una política portuaria que signaría los destinos del país.

La idea para el proyecto del edificio se basaba en la concepción de Flower⁵, según el criterio de “museo exposición” y “museo establecimiento de estudio”. Moreno, que conocía los museos europeos, criticaba la falta de un orden interno que permitiera cumplir con sus tareas pedagógicas. La heterogeneidad del material no debía constituir un problema, pues se confiaba en las virtudes de una buena clasificación. Este “museo pedagógico” no debía estar organizado hasta que no estuviera completo el “museo exposición”.

Flower insistió en que las exhibiciones debían tratar sobre temas específicos, delimitándose tanto las zonas geográficas como los niveles de evolución. La función de las guías y de los catálogos de museos era incrementar los valores educativos de los materiales, a fin de que las exhibiciones públicas pudieran dar al hombre común una comprensión general del “reino de la naturaleza”.

Las ideas eje para la construcción de este edificio están plasmadas en el discurso que pronunció A. Gaudry al inaugurar en París las nuevas galerías del Museo de Ciencias Naturales: “una larga galería donde se siguiera sin interrupción la serie de los seres fósiles”. La propuesta, entonces, era la construcción de un anillo biológico que fuera desde los seres unicelulares hasta el hombre, de los más simples a los más complejos, de los menos indiferenciados a los más diferenciados. La arquitectura, “sin ser pura ni única, es sin embargo adecuada al objeto, lo mismo que la decoración, a la que he tratado de dar un carácter americano arcaico que no desdice con las líneas griegas...”, escribía Moreno en 1884. Este modelo de anillo biológico coincide con las

ideas evolucionistas de la época que habían impregnado la totalidad de los discursos de las ciencias sociales y naturales.

El edificio del Museo de La Plata fue construido en el Paseo del Bosque, reserva forestal única en la zona, declarada intangible, donde también se levantó el Observatorio Astronómico. Sus galerías estaban presididas por los bustos de famosos naturalistas, viajeros y filósofos elegidos personalmente por Moreno: Aristóteles, Lucrecio, Descartes, Buffon, Humboldt, Darwin, Owen, Brocca, Azara, Burmeister, D'Orbigny, Bonpland, Fitz Roy y Bravard, lo cual no es azaroso.

Muy pronto se comenzaron a publicar los *Anales* y la *Revista del Museo*, que reflejaban la producción de los científicos que trabajaban en el establecimiento, lo cual permitió que fuera reconocida internacionalmente. Estas publicaciones sirvieron como base del fondo bibliográfico, producto del canje y de importantes donaciones, que formó el acervo de la biblioteca.

Los departamentos de las distintas secciones (geografía, mineralogía, **zoología**, botánica, arqueología, lingüística, etnografía, cartografía y antropología —debe entenderse antropología física—) fueron dirigidos por especialistas extranjeros especialmente contratados por el propio Moreno. El Departamento de Antropología estuvo a cargo del antropólogo holandés Ten Kate, iniciador de los estudios de somatología en la Argentina. Debido a su renuncia en 1897, el antropólogo alemán Robert Lehmann-Nitsche se hizo cargo de la sección hasta 1930, año en que se jubiló y regresó a Alemania.

Las Secciones de Lingüística y Arqueología estuvieron a cargo de Samuel Lafone Quevedo (1835-1920), quien dirigió el Instituto del Museo desde 1906 hasta su muerte en 1920. Egresado de Cambridge con un Magister Articum, desarrolló una intensa labor arqueológica y de estudios de lingüística en la provincia de Catamarca, en donde administraba una mina de cobre de propiedad familiar. Fue en el prólogo de su libro *Londres y Catamarca*, publicado en 1888, donde se utilizó por primera vez en el país el término "folklore".

Al fundarse la Universidad Nacional de La Plata, sobre la base de establecimientos científicos de la provincia y de acuerdo con la ley de la Nación N° 4.699, art. 17 del decreto del Poder Ejecutivo del 24 de enero de 1906, se organizó el Instituto del Museo con una triple función: docente, científica y educativa.

Moreno, en desacuerdo con esta nueva situación, se alejó de la dirección, cargo que asumió Lafone Quevedo. Para ese entonces, el Instituto estaba integrado por varias escuelas: la de Ciencias Geológicas que dirigía F. Ameghino; la de Ciencias Biológicas a cargo del Dr. C. Spegazzini; la de Ciencias Químicas, dirigida por el Dr. E. Herrero Ducloux; la de Ciencias Geográficas, dirigida por el Dr. E. Delachaux (con una escuela anexa de dibujo) y la de Ciencias Antropológicas dirigida por Lafone Quevedo⁶.

Moreno, que influyó considerablemente en el discurso de la antropología de la época, dijo en su *Estudio del hombre sudamericano*: "el hombre ha abandonado la idea de su origen perfecto y casi divino y se comienza a conocer como un eslabón en la cadena de la evolución de los seres vivientes,

ha descendido a ocupar el sitio que en la escala le corresponde ... los seres no han aparecido sobre la tierra aislados unos sobre otros, sino que están íntimamente ligados con los que les precedieron en el teatro por la vida" (Moreno 1878: 2-4). La geología había producido un gran impacto en las metodologías que utilizaba la arqueología, incorporando nuevas técnicas y nuevas perspectivas cronológicas. "Era imposible que el hombre hubiera tenido empeñada su acción durante tan sólo el número de años que las tradiciones bíblicas le asignaron, para realizar su inmenso desarrollo" (Moreno 1878:10).

El MUSEO DE LA FACULTAD

Una ordenanza del 8 de abril de 1904 creaba el Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, encomendándose a J. B. Ambrosetti, quien fuera gestor de la iniciativa de su creación, la tarea de reunir materiales y programar los trabajos de campo. El Museo inició con su apertura un período muy importante en la institucionalización académica de la antropología, constituyéndose de alguna manera en el lugar "mítico de origen". Debe tenerse en cuenta el hecho de que se trata de un museo creado en el ámbito de una Facultad de Filosofía y Letras, donde se desarrollaban los estudios de la llamada "ciencia del hombre".

Así como F. P. Moreno puso su colección de piezas privadas y su biblioteca como piedra basal del Museo de La Plata, J. B. Ambrosetti e Indalecio Gómez —quien fuera Ministro del Interior de Roque Sáenz Peña— hicieron lo mismo para fundar el Etnográfico. Con su creación comienzan los trabajos sistemáticos de campo financiados no ya por particulares o sociedades científicas sino por un museo universitario.

Ambrosetti fue su primer director entre 1905 y 1917 y el organizador de las primeras expediciones, como parte de un plan sistemático de trabajo. En 1906-7 se realizó la primera expedición a la localidad de Pampa Grande, provincia de Salta. Participaron el mismo Ambrosetti, alumnos de la cátedra de Arqueología Americana de la Facultad y un invitado especial: Carlos Octavio Bunge, profesor también de la casa.⁷ La segunda expedición se realizó al año siguiente, esta vez al sitio de La Paya. En 1908 tocó turno a las ruinas de Kipon. Las expediciones 4ª y 5ª salieron del valle Calchaquí para orientar sus trabajos hacia la Quebrada de Humahuaca, excavándose en la zona tilcareña. Estas expediciones hicieron avanzar los estudios arqueológicos tanto en los aspectos metodológicos y técnicos como desde el punto de vista teórico. Ambrosetti entendía que la arqueología estaba ya en situación de dar un salto cualitativo en ambos aspectos para abandonar definitivamente su etapa acumulativa de anticuario. Las preocupaciones se centraron en los aspectos cronológicos de las culturas del Noroeste y sus posibles contactos, por medio de la difusión, tanto con la cultura Tiwanaco como con el norte chileno (ver Pérez Gollán y Arenas, 1990).

Salvador Debenedetti sucedió al director fundador al frente del Museo durante el período comprendido entre 1917 y 1930. Esta gestión debe ser

considerada como una continuación de la anterior. Se caracterizó por la actividad docente, la preparación de profesionales, la continuación del programa de expediciones de campo, la realización de tareas de divulgación pedagógica y el aumento del volumen de las colecciones.

Las publicaciones iniciales fueron las de la *Sección Antropología* de la Facultad de Filosofía y Letras que se editaban dentro de la *Revista de la Universidad* de Buenos Aires. Luego se publicaron como fascículos independientes hasta 1923. En 1916 aparecieron las publicaciones autónomas del Museo, *Archivos del Museo Etnográfico* y *Notas del Museo Etnográfico*.

Con respecto al carácter de los estudios, el Museo se ubicaba en el ámbito de las disciplinas históricas, si bien en la investigación tomaba, como es lógico, modelos prestados de las ciencias naturales. La docencia y la investigación pusieron el acento en los trabajos de campo. "Desde una perspectiva global, estaba imbuida de una ideología evolucionista que asumía, como propia, una visión taxonómica de alcance universal que explica el interés por recibir y exhibir colecciones de 'pueblos primitivos' de los más remotos lugares" (Arenas y Calvo 1988:4).

LAS SOCIEDADES

Como decíamos más arriba, las sociedades científicas, junto con los museos, fueron los nichos en donde la antropología comenzó a institucionalizarse. Esta compartió con la historia, el derecho, las ciencias naturales, la medicina y la geología dicha experiencia, que dejó marcas que aún hoy persisten en su prácticas.

La Sociedad Científica fue una de las instituciones pioneras en la producción antropológica. Nació en el ambiente universitario del Departamento de Ciencias Exactas de la Universidad de Buenos Aires. En 1872 comenzó sus actividades como "Asociación Científica", y entre sus objetivos se proponía nada menos que "fomentar especialmente las ciencias, las artes, la industria y las necesidades de la vida social..." (Babini 1971:112). Su primer director fue el ingeniero Huergo, quien compitió con su colega Madero por el proyecto para la construcción del puerto de la ciudad de Buenos Aires. La Sociedad fue transformándose paulatinamente en una fuente de consulta de los gobiernos provinciales y nacionales. Sus actividades se complementaron con la creación de un museo en 1875 y con el auspicio de viajes científicos y exploraciones geográficas, especialmente a la Patagonia. Tales fueron los casos de la expedición de Moreno en 1875 y la de Ramón Lista en 1877, anticipos de la campaña del general Roca. También fue una entidad pionera en la organización de encuentros y congresos: en 1898 se reunió en Buenos Aires el Primer Congreso Científico Latinoamericano, el inicio de una serie que en 1908 se transformó en Congreso Panamericano y en 1921 en Congreso Americano.

Zeballos, considerado como fundador de la Sociedad, inició la publicación de *Anales Científicos*, de los que aparecieron cinco volúmenes, para denominarse luego *Anales de la Sociedad Científica Argentina*. La Sociedad

estuvo íntimamente ligada a la institucionalización de los estudios antropológicos en el país. Entre sus miembros figuraban Moreno, Ameghino, Ambrosetti, Outes, Lehmann-Nitsche y Torres. En los años veinte se orientó hacia las ciencias aplicadas, exactas y médicas, abandonando en su temática los estudios de arqueología y antropología.

El Instituto Geográfico Argentino, fundado en 1879 también por iniciativa de Zeballos, nucleó en su instancia fundacional a Ramón Lista, Julio de Vedia y Clemente Frigerio, y entre sus socios contó con Sarmiento, Roca y Dardo Rocha. El Instituto fue el encargado de organizar las expediciones territoriales que el gobierno estaba llevando adelante en el sur patagónico y en la zona del chaco formoseño. En 1890 ingresaron, impulsando los estudios de antropología, Ameghino, Ambrosetti y E. Holmberg. Para entonces, ya publicaba sus *Anales*; en 1912 comenzó la edición de los *Anuarios* y organizó un plan de estudios geodésicos, cartográficos y topográficos.

VARIAS LECTURAS DE LOS ORÍGENES

Esta etapa de la producción antropológica fue vista de diferente manera por varios autores que se interesaron por la historia de la antropología. Luis María Torres (1932) presenta el testimonio de un activo participante; José Imbelloni (1949) la caracterización de los "pioneers" y el campo temático de su producción; por un lado, Ciro Lafón (1973) intentó con éxito hacer hincapié en los aspectos teóricos de esa práctica; Fernández (1982) historió la arqueología; por último, Madrazo (1985), sobre la base de una periodización externa, describió la experiencia positivista.

En *Estado actual de los estudios americanistas en la República Argentina*, Torres marcó el inicio de los estudios sistemáticos de antropología en la producción de Ameghino, Moreno, Lafone Quevedo, Ambrosetti, Roth y Lehmann-Nitsche. Estos primeros trabajos fueron notablemente influidos por la aparición de nuevas temáticas, nuevas estrategias de investigación y, consecuentemente, nuevos resultados. Los trabajos de Ameghino en cuanto a la alta antigüedad del hombre fueron expuestos sobre una diagnosis de pruebas directas e indirectas y sometidas a una despiadada crítica en el Congreso Internacional de Americanistas de 1910 realizado en Buenos Aires. Según Torres: "ha quedado rotundamente débil (la crítica) a medida que ciertos hechos nuevos fortalecían la convicción de la antigüedad cuaternaria del hombre de las pampas, temas sobre los que Frenguelli había avanzado considerablemente" (Torres 1932:VIII).

Los centros de producción que se destacaron para finales de la década del veinte fueron el Museo de La Plata, el Etnográfico de Buenos Aires, el de Ciencias Naturales de la misma ciudad y el de Paraná. Las nuevas temáticas se acercaban a la geografía humana, a la arqueología prehistórica dedicada al problema de la difusión cultural y la interpretación de crónicas. El campo de la antropología física se renovó con los trabajos de Outes, Imbelloni y Rusconi, en los que predominaron nuevos puntos de vista: técnicas métricas y biométricas, desplazándose desde el paradigma de la escuela de an-

tropología de París fundada por Brocca, hacia las técnicas de las escuelas norteamericanas⁸. En este sentido, se destacaron los trabajos de Outes sobre descripciones anatoantropológicas, las técnicas imbellonianas basadas en la geometría y en el equilibrio de la forma y empeñadas en determinar las relaciones hoy llamadas interétnicas. Hace notar Torres “que los planes de las contribuciones monográficas, cuando tratan de las poblaciones prehistóricas, ponen de manifiesto un concepto más adecuado que el de muchos autores europeos sobre los mismos asuntos en punto a la información histórica que corresponde considerar como elementos complementarios” (Torres 1932:IX).

Los trabajos arqueológicos y etnográficos, además de los centros ya mencionados, fueron impulsados por el Instituto de Etnología de la Universidad de Tucumán fundado por Métraux en 1928, por el Museo de Santiago del Estero de los hermanos Wagner y por las expediciones financiadas por Benjamín Muñiz Barreto.

En la zona norte del país investigaban E. Boman, S. Debenedetti, C. Bruch, W. V. Waisser, los hermanos E. y D. Wagner, H. Greslebin, E. Casanova, A. Gallo, S. Gatto. En el Gran Chaco, A. Métraux, E. Nordeskiöld y Enrique Palavecino. En el litoral y los grandes ríos Paraná y Uruguay, trabajaron F. de Aparicio, F. Márquez Miranda, A. Serrano y H. Greslebin, y en el sur patagónico este último, Vignati, Aramendía y Pozzi.

Los aportes que Torres señala como paradigma de la producción de la etapa, sobre todo por la rigurosidad de las metodologías aplicadas, fueron, en etnografía E. Nordenskiöld y en arqueología y etnografía F. Outes.

Los estudios de lingüística habían avanzado considerablemente, sobre todo en cuestiones de tipo metodológico. El Padre Pablo Cabrera estudió las lenguas de Córdoba; Lehmann-Nitsche agregó a su obra lingüística monografías sobre los idiomas patagón y pampa, vocabularios y etimologías; Gusinde y Koppers trabajaron las lenguas de los habitantes de Tierra del Fuego y Métraux las del Chaco.

En 1949, José Imbelloni publica su artículo “Antropología, investigadores e investigaciones de esta ciencia en nuestro país”; a pesar de que en el primer párrafo advierte que “la búsqueda de precursores en toda materia es una forma larvada de diletantismo”, es precisamente por allí donde comienza. Según su cronología, la primera época, “de los pioneers”, corresponde a aquella en la que los hombres de ciencia se preguntaban por el origen del poblamiento tanto de la Argentina como de América. Por esta verdadera pasión, Imbelloni rescata tres autores: Ameghino, Mitre y Moreno. Dentro del período que caracterizó como “segunda época”, los antropólogos sistemáticos habían comenzado a enfrentarse, con medios más adecuados, a los problemas teóricos y metodológicos; además fueron grandes lectores de la producción de la antropología europea. Entre ellos se encuentran Ten Kate, Lehmann-Nitsche, E. Boman, S. Lafone Quevedo y J. B. Ambrosetti.

Por su parte, C. Lafón en *Lecciones de Introducción a la Antropología* (1973) denominó al período inicial el de los “comienzos o pioneros”, especialmente en el lapso que va de 1870 a la publicación, en 1881, de *La anti-*

güedad del Hombre en el Plata. Se trataba de “curiosos e inteligentes hombres, con lecturas autodidactas, que dieron el impulso básico a la disciplina”.

No había una sistematización que permitiera reconocer un discurso como antropológico. El segundo período, “el de la consolidación”, abarca el comprendido entre la publicación de Ameghino antes mencionada y la celebración del Centenario de la Revolución de Mayo, en cuyo marco se desarrolló en el XVII Congreso Internacional de Americanistas, y se publicó el libro de F. Outes y C. Bruch *Los aborígenes de la República Argentina*. Dice Lafón: “en esta etapa, hay más hombres y mejor pertrechados (...) tres museos que trabajaban (Etnográfico de Buenos Aires, La Plata y el de Ciencias Naturales), más publicaciones. Es una etapa de gran acopio de información. El desarrollo de las especialidades fue muy heterogéneo y convivían en ellas la tradición humanista con la naturalista, esta última desarrollada especialmente en el Museo de La Plata”.

El tercer período, “la expansión”, abarca desde 1910 hasta la publicación del *Epítome de Culturología* de Imbelloni, etapa en la que se verifica un avance de la escuela histórico cultural en los campos de la antropología física y de la etnografía.

Fernández, en *Historia de la Arqueología Argentina* (1982), identifica al período que va de 1872 a 1900 como “el de la arqueología romántica o naturalista”. Esta etapa se caracterizó por la puja entre dos corrientes de trabajo: la ameghiniana, que hizo de la estratigrafía su principal objetivo y de la medición del tiempo geológico su premisa; y la morenista, que giró en torno de la figura de Burmeister y contó con las adhesiones de Moreno, Lista, Roth y Pico. Estos no creyeron en los postulados ameghinianos sobre la existencia del hombre pampeano y, en general, no aceptaron inicialmente las tesis evolucionistas. La segunda etapa, según Fernández, va de 1901 a 1925 y la denomina como de la “arqueología en la universidad”. Como principales exponentes de este ciclo encontramos a Lafone Quevedo, Moreno, Quiroga, Uhle, C. Ameghino y Ambrosetti. En lo que el autor llama la Segunda Generación, aparecen Outes, Torres, Lehmann-Nitsche, Boman, Nordenskiöld, von Rosen, Bruch, Debenedetti, Weiser, Gardner y P. Cabrera. A diferencia de la primera etapa, en esta segunda generación aparecen antropólogos extranjeros. El foco de trabajo se desplazaría hacia el NO, aunque también se realizaron, en menor escala, trabajos en el litoral marítimo y en el delta del Paraná. Los rasgos más sobresalientes de este período son: la institucionalización de la práctica antropológica, la realización de proyectos orgánicos de investigación, las excavaciones sistemáticas sin utilización de la estratigrafía, la inclusión de las cátedras de antropología física, la obtención de material para los museos, la incorporación de los textos de cronistas a los estudios arqueológicos y etnográficos y la construcción de cronologías tentativas.

Madrazo, en su *Determinaciones y orientaciones de la antropología en la Argentina* (1985) caracteriza la etapa 1880-1930 como de los “inicios positivistas”. Para entonces, según el autor, la Argentina se había alineado en su desarrollo capitalista dependiente que tenía como base de apoyo el ensanchamiento territorial y como sostén ideológico la concepción de la evolu-

ción unilineal y progresiva. La antropología de la época se caracterizó por carecer de especialización, por haber acercado peligrosamente la antropología a las ciencias naturales y por haber realizado un esfuerzo autodidáctico en el "que confluían la vocación, cierto desinterés altruista y el incentivo de saber y de servir".

Hemos acopiado los materiales suficientes como para ir, poco a poco, reconstruyendo la trama de nuestra práctica profesional. Ubicada en los pliegues de las ciencias naturales, y por momentos en al de los estudios históricos, la antropología ha recorrido un camino que, en gran parte, permanece en penumbras. En la actualidad, quienes se dedican a pensar su historia hacen bricolage con los retazos deshilvanados de una rica y larga práctica en cuyo interior está contenida nuestra identidad profesional.

Barracas, marzo 1989

NOTAS

¹ A la Junta Americana de Numismática pertenecieron en forma activa y publicaron en sus actas: Florentino Ameghino, Luis María Torres, Juan B. Ambrosetti, Samuel Lafone Quevedo, Robert Lehmann-Nitsche y José Imbelloni.

² Para el análisis del material exhibido en el Museo Histórico Nacional, ver Du-jovne 1988.

³ La problemática aborígen aparecía en aquellos años como un tema militar. El tema de las reducciones aborígenes como metodología disciplinaria fue discutido en el XVII Congreso Internacional de Americanistas. Robert Lehmann-Nitsche presentó un trabajo titulado "Necesidad de destinar territorios reservados a los indígenas de Patagonia, Tierra del Fuego y Chaco, según el proceder de los Estados Unidos".

⁴ C. Burmeister, el "Humboldt de la Argentina", entre 1856 y 1880 recorrió Argentina, Brasil, Uruguay, Chile, Perú, Panamá y Cuba. En 1857 pasó rápidamente por Buenos Aires y visitó el Museo Público, del que luego sería su director, y escribió en su diario de viaje: "... es aún bastante insignificante y requiere un vigoroso empuje para elevarse al rango de que con razón y derecho debe ocupar, dados los grandes testimonios históricos y culturales que se encuentran enterrados en las proximidades de Buenos Aires en lo que a animales extinguidos se refiere...". Citado por Lascano González, A. 1980. Murió en Buenos Aires, en 1892.

⁵ Ver: Flower, W. H., 1890-1, "Los museos de la historia natural", *Revista del Museo de La Plata*. Discurso inaugural del 11 de setiembre de 1889, en la Asamblea de la Asociación Británica para el Adelanto de las Ciencias reunido en New Castle, pronunciado por el mismo Flower, para ese entonces director del Departamento de Historia Natural del Museo Real Británico.

⁶ Las materias que se dictaban del área antropológica eran: *Antropología*, Prof. Titular Robert Lehmann-Nitsche; *Etnografía*, Prof. Adjunto Dr. F. Outes; *Arqueología*, Prof. Adjunto, Dr. L. M. Torres; *Lingüística*, Prof. Titular, S. Lafone Quevedo.

⁷ Carlos Octavio Bunge (1875-1918), doctor en derecho, fue docente de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en la cátedra de Ciencias de

12 Educación, y de Introducción al Derecho en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales. Se dedicó también a la enseñanza secundaria. Escribió novelas y trabajos científicos, especialmente en el campo de la historia del derecho y de la psicología social e individual.

⁸ A pesar de la afirmación de Torres sobre la utilización en antropología física del paradigma de la escuela norteamericana, según nuestras investigaciones, para esa misma época, no nos consta su aplicación.

BIBLIOGRAFÍA

- Arenas, P. 1985. "Algunos momentos en la historia de la Antropología en la Argentina (1852-1930)", Tesis de Licenciatura, mecanografiada.
- Arenas, P. y S. Calvo, 1988. "Apuntes para una historia del Museo Etnográfico" (en prensa).
- Babini, J. 1971. *Historia de la Ciencia en la Argentina*, Buenos Aires, EUDEBA, Biblioteca de América. Tiempo Nuevo.
- Cigliano, M. 1977. "Cien años de antropología en el Museo de La Plata", en *Obra del Centenario del Museo de La Plata*, 1:39-48, La Plata.
- Dujovne, M. 1988. "Una visita al Museo Histórico Nacional", en *La Ciudad Futura*, Buenos Aires.
- Fernández, J. 1982. "Historia de la Arqueología Argentina", Separata del t. 34-35 de *Anales de Arqueología y Etnología*, Mendoza, Edic. Cuyana de Antropología.
- Imbelloni, J. 1949. "Antropología, investigaciones de esta ciencia en nuestro país".
- Kolakowsky, L. 1981. *La filosofía positivista*. Ciencia y Filosofía. Madrid, Cátedra S.A.
- Lafón, C. 1972. *Lecciones de Introducción a la Antropología*, Buenos Aires, Glauco.
- Lascano González, A. 1980. *El Museo de Ciencias Naturales*, Buenos Aires.
- Madrazo, G. 1985. "Determinaciones y orientaciones de la antropología en la Argentina", en *Revista del Instituto Interdisciplinario de Tilcara*, 1, Buenos Aires, UBA, FFyL.
- Moreno, F. P. 1878. "El estudio del hombre sudamericano".
- Moreno, F. P. 1890. "El Museo de La Plata. Rápida ojeada sobre su fundación y desarrollo", en *Revista del Museo de La Plata*, I: 28-55, La Plata.
- Moreno, F. P. 1969 [1879]. *Viaje a la Patagonia Austral*, Buenos Aires, Solar-Hachette.
- Pérez Gollán, J. A. y P. Arenas. 1990. "El sur también existe" (en prensa).
- Soler Recaurte, J. 1987. *El pensamiento positivista argentino*, Buenos Aires, Paidós.
- Terán, O. 1987. *Positivismo y Nación en la Argentina*, Buenos Aires, Punto Sur.
- Torres, L. M. 1932. "El estado actual de los estudios americanistas en la República Argentina", en *Actas del XVII Congreso Internacional de Americanistas*, La Plata, I: XXXVIII-XLIII, Buenos Aires.
- Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Ciencias Naturales y Museo. 1977. *Obra del Centenario del Museo de La Plata*, La Plata.